CHARLAS DE ADVIENTO (III) LA NAVIDAD DE LA IGLESIA

La fiesta de Navidad fue instituida por la Iglesia en el siglo IV y es originaria de la Iglesia latina y más propiamente de la Sede Apostólica de Roma. Por falta de documentos exactos sobre el día del nacimiento de nuestro Señor, no existe una certeza absoluta sobre la fecha. Algunos escritores cristianos y profanos señalan entre el 17 de diciembre y el 25 de marzo.

Mas allá de esta curiosidad de calendario, LA NAVIDAD NO ES LA CELEBRACION DE UNA FECHA SINO DE UN HECHO, no es el cumpleaños de Jesús sino el nacimiento del Salvador, evento absolutamente decisivo en la historia de la salvación.

La celebración de la misa de Navidad es una conmemoración memorial del hecho, del único nacimiento salvador, que acontece hoy en su unicidad histórica, HACIÉNDONOS CONTEMPORÁNEOS CON ÉL Y A ÉL CON NOSOTROS. Esa celebración memorial actualiza, hace actual el significado y las consecuencias, los frutos de ese evento.

Ese hecho fue de tal magnitud que todo el cielo lo celebró: “De pronto una multitud de seres celestiales aparecieron junto al ángel, y alababan a Dios con estas palabras: "Gloria a Dios en lo alto del cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor". (Lc 2, 13-14)

Nosotros, los beneficiados por este evento, tenemos una verdadera necesidad vital de celebrarlo PARTICIPANDO DE ÉL POR LA DIVINA LITURGIA Y PARTICIPANDO A LOS DEMÁS POR ENCARNAR Y VIVIR LO QUE CELEBRAMOS.

Todo se resume en que debemos ser conscientes de que hubo un día en el que Dios encarnado llegó a nuestras vidas para ofrecernos ser hijos Suyos en Jesucristo, para introducirnos en el sendero de fraternidad universal que es una vida según el Evangelio.

Nuestras vidas son surcos en los que Dios siembra la Natividad de Su Hijo y deben estar listas para fructificar tras ser sembradas con su luz.

Navidad es una fiesta que está bajo un ataque tremendo desde hace décadas pero hoy ese ataque se ha hecho furibundo y feroz. Los adoradores del solsticio de invierno amenazan con borrar la Navidad del calendario, Santa Claus ha tomado el lugar del Jesús-niño y el centro comercial es el nuevo templo navideño. Qué triste que en los días que rodean al de Navidad los estacionamientos de las Iglesias estén casi vacíos y en los centros comerciales sea una proeza encontrar un lugar donde aparcar.

Dice Jesús: "Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón". ¿Dónde está el corazón de "*la católica España*"? Cuando llega la enfermedad, una crisis familiar profunda, ¿dónde buscamos consuelo y paz?

Navidad es una fiesta donde se le compran regalos a todos menos al Niño que se festeja, y Él muy claro nos ha dejado que quiere una serie de regalos muy concretos, incluso que necesita esos regalos que no le hermosearán a Él sino a ti y a mí, a cuantos entren en relación con nosotros.

Para más confusión y desconsuelo en los últimos años, hemos visto surgir en España ciertos líderes sociales que han capitaneado la campaña de enemigos de la Navidad. Basan su "guerra santa" contra la celebración del nacimiento de Jesús, en que en la antigua Roma era ese día la fiesta del "Sol naciente" o del "Sol invicto". Apoyados en la voluntaria ignorancia de muchos afirman como una novedad un hecho que nadie ha negado nunca y que no es sino una anécdota histórica.Para los que unen sus fuerzas con el enemigo hemos de alzar la voz en nuestros ambientes para aclarar a no pocos algunos puntos.

Los cristianos no celebramos fechas, celebramos hechos, acontecimientos. Nosotros nos alegramos y celebramos el hecho de que Aquél que no cabe en el Universo quiso nacer de una virgen en este pequeño planeta del inmenso Cosmos para reconciliar al hombre con su Creador y con unos semejantes que ahora pueden ser tomados como hermanos, como iguales, como destino de nuestra vida de fe y también como mediación de Dios para nosotros.

No sabemos cuál fue el día exacto del nacimiento de Jesucristo pero sí aproximadamente, y esa aproximación se hizo coincidir con una fiesta pagana en el tiempo en que el Imperio Romano dejó de combatir al cristianismo (a. 313) e incluso lo asumió como religión oficial (a. 373).

La Iglesia trataba de evangelizar a los paganos romanos; hacer coincidir la fecha del nacimiento de Jesús, “el Sol que nos nace de lo alto” (Himno del Benedictus en San Lucas) con una fiesta pagana de nombre muy semejante se estimó como una buena opción para transmitir el mensaje de la Buena Nueva de la Navidad a quienes ese día ya celebraban algo relevante para su fe pagana.

Los sacrificios y la Ley antiguos fueron superados por el nacimiento de Jesús y un nuevo altar -el Cuerpo de Cristo sobre el pesebre primero y sobre la cruz después- con un sacrificio perfecto fue instaurado para alegría, esperanza y salvación de toda la humanidad. Este es el verdadero sentido de la Navidad: la alegría de saber que todo cuerpo y toda persona humanos son un altar sagrado, que somos todos iguales ante los ojos de Dios y que Él nos quiere y nos llama a ser hermanos.

Ese es el fruto de una Navidad cuyo centro es Jesús y no cualquier devaneo ideológico de quienes tratan de hacer desaparecer a Cristo y al cristianismo de la vida de nuestra sociedad. Rescatemos la Navidad para Cristo y hagamos que las obras de nuestra vida de cada día canten con los ángeles de Belén: "Gloria a Dios en las alturas y Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor."

Hemos de evitar llenarnos de signos exteriores, de cosas que amenacen la centralidad del Niño Dios. Hemos de servir jugosas cenas y regalar numerosos regalos pero no sólo en nuestras casas sino en las de aquellos que Dios ama y no pueden hacerlo solos porque son pobres. Hemos de arreglarnos y vestirnos mejor pero desde lo profundo de un alma reconciliada con Dios y aseada de los usos y costumbres sociales que nieguen el revolucionario sentido religioso de la Navidad.

"Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. Acepta Señor mi corazón contrito y mi espíritu humilde. Que ese sea hoy mi sacrificio, Señor, Dios nuestro." (Sal 51, 12. 19).

El salmista, en estos últimos días de Adviento, nos señala el equipaje a portar cono nosotros en nuestro camino hacia la Navidad. De este modo, por la Navidad misma, el Señor nos regalará un corazón sensato y una conciencia luminosa desde los que construir una nueva forma de vivir una Navidad que no se centra ni se acaba en una fecha sino que las une y las transfigura todas porque aquél fue el primero de los días de una nueva era en la que nosotros hemos de ser recordatorio eficaz para la renovación de la misma Iglesia y de la entera sociedad.